

**ESCUELA DE PADRES POR CORRESPONDENCIA**

**Carta nº 160: No somos un holograma**

Estimados padres:

Se dice que la Inteligencia Artificial está revolucionando, ya, nuestras vidas y que en poco tiempo transformará completamente los esquemas y patrones a los que nos tiene acostumbrado el abordaje y manejo de las realidades más habituales que nos sitúan en el mundo. Desde la Medicina a la Administración, desde la Industria y el Comercio a la Agricultura y Ganadería y desde todas las Artes a las mismísimas Oenegés. Todo, absolutamente todo parece abocado a incluir en un momento u otro, con una intensidad u otra, la presencia de este nuevo y flamante hito de la Humanidad.

¿Todo? Bueno, prácticamente todo. Porque de la misma manera que nos hemos hecho dependientes de las tecnologías de la información (acumulación y manejo de datos) y de la comunicación, de las que la Inteligencia Artificial es un grado superior de evolución pero ello no ha impedido que se sigan escribiendo a mano las felicitaciones de Navidad o las tarjetas si enviamos flores y dibujando los graffitis de las paredes, así tampoco su “imperio” se extenderá a todos los confines de la existencia.

Hasta donde se alcanza la Historia -eso tan voluble y cambiante conforme avanzan los tiempos y lo que los hombres hacen durante ellos- parecería que hubiera un sector exento de su influencia, un campo cerrado a la invasión de esta deriva tecnológica radical llamada a convertirse en una nueva revolución como lo fuera la industrial del siglo XIX o la telemática del XX: las relaciones humanas. Y cuando se dice relaciones humanas se hace alusión a las relaciones más superficiales pero también a las más profundas. Lo creemos.

Aunque todos hayamos visto películas en las que se anticipa la existencia de un mundo completamente robotizado en el que desaparece de la faz de la tierra la pena de un duelo y la euforia por un amor, no parece discutible que, salvo que se alcanzara el punto crítico en que la capacidad transformadora de los entes mecánicos “inteligentes” llegara a imponerse sobre el control y la libertad de los individuos -entonces ya desposeídos de toda capacidad de autogobierno- hombres y mujeres seguirán sintiendo y viviendo sus miedos y sus cuitas sentimentales, sus alegrías y penalidades más intensas y primigenias con las mismas o parecidas reacciones bioquímicas que desde Atapuerca.

Es muy probable que nuestros nietos no aprendan sobre papel y con lápiz como nos tocó a nosotros (lo cual habrá de hacer buscar por algún lado la compensación a las habilidades que se pierden por ello) pero lo que no desaparecerá será la alegría de reencontrarse en Septiembre o en Enero con los amiguitos de clase, los nervios antes de un examen que se preparó precipitadamente, y esa cita en el burger con el chico o la chica que me gusta, camuflado entre el grupillo de Segundo de la ESO o como se le llame entonces.

Toda la Inteligencia Artificial no va a poder cambiar que nos emocionemos con los atardeceres rosas (frente al mar o frente al cercano polígono) que nos empeñemos en hacernos preguntas que no tienen respuesta y que sintamos la sinceridad de algunos “gracias” y de muchos “perdón”.

Y en el más inmediato futuro, la Inteligencia Artificial -deberíamos estar tranquilos por ello- no va a cambiar que nos volvamos un poco locos y atacados para organizar la cena de Nochebuena o Fin de Año, las discusiones por el fútbol o la política, el lamento por no tocarnos la lotería y la esperanza de que el calendario de cada nuevo año se llene de círculos azules para los mejores planes.

Asistiremos, sin embargo, a muchos debates de expertos y de profanos que ponderarán las virtudes y exaltarán los riesgos. ¡Ojalá! que no nos lleguen a influir tanto como para cambiar la perspectiva y depositar en las máquinas y sus componendas nuestras ilusiones y esperanzas más profundas.

Como algún ingenioso ha dicho ya; “menos inteligencia artificial y más sensatez natural”. Especialmente en lo tocante a nuestra convivencia y nuestras relaciones de afecto. Porque puede que el tráfico y la logística terminen estando completamente teledirigidos pero levantar (en todos los sentidos) al que se ha caído y motivar un esfuerzo o generar una aspiración seguirán siendo patrimonio de una cabeza y un corazón exento de circuitos y tornillería. Y el mejor legado que podremos donar a nuestros hijos.

Esa creatividad desbordada que algunos llevan hasta el extremo de imaginar realidades paralelas con avatares que, se supone, no sienten ni padecen, se da de bruces ante la mirada de un niño atónito ante las figuras del belén o los nervios de las vísperas de estreno de una casa o una vida en común. No somos un holograma de nosotros mismos. Sentimos y pensamos y eso nos hace únicos. Nos vuelve irrepetibles, inclonables. Libres para hacer el bien.

Por tantas veces -¡y de modo bien natural y espontáneo!- que el corazón se nos encogió este año, que lleguen unos días de sosiego y paz para las cabezas y para las entrañas. Que aún queden ganas de escribir cartas (con recortes, a mano o en pedeeefe) y de esperar que al lado de los zapatos o el árbol, aparezca una caja (o varias) que sigan despertando la ilusión y la gratitud, la emoción y la alegría. Cuatro de las variables que la Inteligencia Artificial no reconoce en sus algoritmos.

Todo lo mejor mientras seguimos aspirando a lo bueno.